

mento, y de repente todo desapareció: el velo, la corona, el óvalo, las velas y las tres estrellas.

«¿Aún veis algo?», preguntó el párroco. «No, Padre, se acabó, todo ha terminado». Eran casi las nueve de la noche. Todos volvieron tranquilos a sus casas, sintiendo cómo todo temor y todo miedo había desaparecido.

Los prusianos, que iban a tomar Laval esa noche, no entraron en el pueblo, sino que se retiraron al día siguiente. El 25 de enero se firmaba el armisticio entre Francia y Prusia, y los 38 jóvenes de Pontmain volvieron todos sanos y salvos.

El 2 de febrero de 1872, después de la encuesta y el proceso canónico, Monseñor Wicart, Obispo de Laval, publicaba un mandato declarando que

«consideramos que la Inmaculada Virgen María, Madre de Dios, se apareció realmente el 17 de enero de 1871 en la aldea de Pontmain a Eugenio Barbedette, José Barbedette, Francisca Richer y Juana María Lebossé».

2º Los videntes.

El 2 de febrero de 1872, Monseñor Wicart, obispo de Laval, reconocía cuatro videntes oficiales:

Eugenio Barbedette nació el 4 de noviembre de 1858. Fue el primero en ver a la Bella Señora. Se hizo sacerdote, siendo ordenado en 1883. Párroco de varias parroquias de la diócesis de Laval, dejó el recuerdo de un sacerdote «íntegro, celoso, fervoroso y firme». Murió el 2 de mayo de 1927, siendo enterrado en el cementerio de Châtillon-sur-Colmont.

José Barbedette nació el 20 de noviembre de 1860. Aspirando a las misiones, entró en los Misioneros Oblatos de María Inmaculada, con los que se ordenó de sacerdote en 1884. A pedido de sus Superiores, escribió un relato muy completo de la aparición. Murió el 3 de noviembre de 1930, siendo enterrado en el cementerio de Pontmain.

Francisca Richer nació en 1861. Siguió siendo siempre lo que fue durante las apariciones: un alma profundamente cristiana, que cumple con sencillez su tarea diaria de «agradar a Dios y a la Virgen». Se ganó la vida como empleada doméstica y luego como maestra en varias escuelas del país. Hacia 1900 se convirtió en ama de llaves del Padre Eugène Barbedette. Murió el 28 de marzo de 1915, siendo enterrada en el cementerio de Châtillon-sur-Colmont.

Juana María Lebossé nació el 12 de septiembre de 1861 en Gosné (Ille-et-Vilaine). Huérfana de padre y con su madre paralizada, fue acogida por su tía Sor Timotea, directora de la escuela de Pontmain. En 1881 ingresó en las Hermanas de la Sagrada Familia de Burdeos. Allí, después de sufrir de parálisis durante diez años, quedó finalmente reducida a la impotencia absoluta en marzo de 1933. Murió el 12 de diciembre de ese mismo año, siendo enterrada en el cementerio central de Burdeos, en la bóveda de su comunidad.

Hojitas de Fe

Ahí tienes a tu Madre

403

4. Fiestas de la Virgen

Aparición de la Virgen en Pontmain el 17 de enero de 1871

El día 17 de enero de este año se cumplían los 150 años de las apariciones de Nuestra Señora en la localidad francesa de Pontmain, en la cual, por una combinación de circunstancias realmente providenciales, la Fraternidad San Pío X pudo adquirir, el 2 de enero de 2013, la casa que está inmediatamente a la izquierda del famoso establo donde los dos hermanos Barbedette, Eugenio y José, estaban trabajando con su padre en la noche del 17 de enero, justo antes de que se les apareciera la Santísima Virgen.

1º Relato de la aparición.

El 17 de enero de 1871 era un día que comenzaba como cualquier otro. Había mucha nieve y hacía un frío verdaderamente glacial. Esa mañana la iglesia estaba llena de fieles, que rezaban para implorar el fin de la guerra franco-prusiana, que había movilizadado a 38 jóvenes de la parroquia, de los que no se había vuelto a tener noticias. Para colmo de males, la epidemia de fiebre tifoidea volvía a recobrar fuerza. Por todo eso se vivía en la angustia y el miedo. A pesar de todo, se rezaba con fervor. Desde la llegada del párroco, el Padre Michel Guérin, el 24 de noviembre de 1836, todas las familias habían sido fieles al rezo diario del Rosario.

Esa noche, dos hermanos, Eugenio y José Barbedette, ayudaban a su padre en el establo a machacar el tojo para la comida de la yegua. Era alrededor de las cinco y media de la tarde, y empezaba a caer la noche. Juanita Détais, una anciana, vino a traer algunas noticias que un poco más lejos había logrado espigar de los fugitivos del ejército del Loira, que andaban en desbandada.

Eugenio aprovechaba una pausa en el trabajo para salir a la puerta «a ver el tiempo», cuando de repente, en medio del cielo, sobre la casa de enfrente, vio a una «Bella Señora» que extendía los brazos como en gesto de bienvenida y le sonreía. Estaba vestida con un vestido azul tachonado de estrellas doradas. En su cabeza traía un velo negro rematado de una corona dorada con un ribete rojo en el medio. En los pies llevaba zapatillas azules con hebilla dorada. Estaba en medio de un triángulo formado por tres grandes estrellas. El niño sonrió a la Bella Señora. Esta sonrisa fue el único diálogo, porque, en toda la aparición, la Bella Señora no diría una sola palabra.

José, el hermano menor, al llegar a la puerta, vio también a la «Bella Señora», mientras que los adultos no vieron nada más que las tres estrellas.

Victoria, la madre de los dos hermanos, tampoco vería nada, a pesar de haber vuelto a casa para buscar sus gafas. Fue a la escuela para pedirle a Sor Vitalina que fuese al establo. Al ver sólo las tres estrellas, la Hermana regresó a la escuela y volvió con otra Hermana, Sor María Eduardo, y tres niñas internas. A su llegada, las dos más jóvenes, Francisca Richer y Juana María Lebossé, exclamaron: «¡Oh, la Bella Señora! ¡Qué hermosa es!» Y a continuación pasaron a describirla. Sor María Eduardo fue a contárselo al párroco, mientras Sor Vitalina comenzaba a rezar con las personas que acudían cada vez en mayor número.

«Señor párroco –dijo Sor María Eduardo desde la puerta del presbiterio–, venga pronto a casa de los Barbedette, porque está sucediendo un milagro. ¡Los niños ven a la Santísima Virgen!» El párroco, sorprendido, le respondió: «¡Un prodigio! ¡Virgen Santísima! ¡Virgen Santísima! ¡Hermana, no me asuste así!» La vieja criada, Juanita Pottier, intervino entonces: «¡Tiene que ir a verlo, señor párroco!» Y encendió la linterna para salir a la oscuridad.

El párroco estaba ya entre sus feligreses, cuando los niños, que habían sido separados para que no pudieran comunicarse entre sí, exclamaron: «¡Aquí está pasando algo!»; y a continuación describieron un gran óvalo azul que acababa de envolver a la Bella Señora. En el interior había cuatro ciriales con cuatro velas apagadas. Estas velas recordaban las que el padre Guérin encendía en el altar de la Santísima Virgen desde el 8 de diciembre de 1854 en todos los oficios de la parroquia. Al mismo tiempo apareció en el vestido de la Señora una pequeña cruz roja, en el lugar del corazón.

Como luego la atención empezara a disminuir, y la gente a hablar y discutir, la Bella Señora se puso triste: «Mira cómo se entristece», dijo Eugenio. «Reemos», añadió entonces el párroco. Sor María Eduardo comenzó el Rosario. Inmediatamente, la Señora volvió a sonreír. A lo largo del Rosario, al ritmo de las *Ave-marías*, la Hermosa Señora fue aumentando de tamaño lentamente. El óvalo aumentaba en las mismas proporciones, y las estrellas se multiplicaban en su vestido y alrededor de Ella. «Es como un hormiguero que fluye en el vestido», decían los niños. «¡Oh! ¡Qué hermosa es!»

Después del Rosario, se cantó el *Magnificat*. Al comienzo del cántico, los niños gritaron: «Aquí vuelve a pasar algo». Una gran banderola acababa de desplegarse entre la parte inferior del óvalo y el techo de la casa, que empezó a llenarse de letras de color de oro, en mayúscula. «Es una M» – «Una A» – «Una I» – «Una S». Esta palabra «MAIS» («PERO»), permaneció sola hasta el momento en que llegó José Babin, un carretero, que regresaba de Ernée, a 20 km. de ahí, y que dijo al gentío: «Ya os podéis poner a rezar, pues los prusianos están en Laval», a punto de tomar el pueblo. En ese momento la palabra «REZAD» apareció después de «PERO». El mensaje se siguió escribiendo letra tras letra. Al final de las Letanías cantadas, los niños pudieron leer una primera línea que terminaba con un gran punto:

«Pero rezad, hijos míos, Dios os escuchará dentro de poco».

Se entonó el himno *Inviolata*, durante el cual las letras comenzaron una segunda línea: «MI». Mientras se cantaba *O Mater alma Christi carissima*, se formó la palabra «HIJO». «MI HIJO», leyeron los niños. Entonces resonó un grito general de alegría: «¡Es Ella! ¡Es realmente Ella! ¡Es la Santísima Virgen!» Hasta entonces, se pensaba que podría ser Ella, pero ahora se tenía la certeza. Estaba claramente escrito: «MI HIJO». Mientras se terminaba el *Inviolata* y se cantaba la *Salve Regina*, el mensaje prosiguió y terminó:

«Mi Hijo se deja conmovér»

No había punto final, pero esta segunda línea estaba subrayada por un gran trazo dorado como las letras.

«Entonemos nuestro cántico a María», dijo entonces el párroco, y las voces se elevaron alegres al cielo, no como el domingo pasado, en que ese mismo cántico se había cantado con un nudo en la garganta:

«Madre de la Esperanza,
Cuyo nombre es tan dulce,
Protege nuestra Francia.
Ruega, ruega por nosotros».

Al principio, la Virgen elevó las manos a la altura de los hombros y movía los dedos al ritmo del cántico; pero luego pasó un rollo y borró la banderola y el mensaje.

Siguió luego otro cántico, *Dulce Jesús mío*, con el estribillo *Parce Domine, parce populo tuo*. Los niños, contentos hasta entonces, se pusieron de repente muy tristes. Era que la Virgen también se había puesto muy triste. No estaba llorando, pero un temblor en la comisura de sus labios dejaba adivinar la intensidad de su dolor. «Nunca hemos visto tanta tristeza en un rostro humano», decían los niños.

Entonces apareció delante de la Virgen una cruz de un rojo vivo. En la cruz estaba Jesús, de un rojo más oscuro. En la parte superior de la cruz, en un travesaño blanco, estaba escrito: «JESUCRISTO». La Virgen tomó la cruz con ambas manos y se la presentó a los niños, mientras una pequeña estrella encendía las cuatro velas del óvalo que acabaron colocándose sobre la cabeza de la Virgen. La multitud rezaba en silencio y muchos lloraban.

Luego, Sor María Eduardo cantó el *Ave Maris Stella*. El crucifijo rojo desapareció, y la Virgen retomó la misma actitud que al principio. La sonrisa, «una sonrisa más seria», volvió a sus labios, y apareció una pequeña cruz blanca en cada uno de sus hombros. Eran las ocho y media de la noche.

«Queridos amigos –dice el Párroco–, recemos todos juntos la oración de la noche». Todo el mundo se arrodilló dónde estaba, algunos en la nieve, otros en el granero para resguardarse del frío glacial. Juanita Pottier, la vieja sirvienta, comenzó la oración: «Pongámonos en presencia de Dios y adorémoslo». En el momento del examen de conciencia, los niños señalaron la presencia de un velo blanco que acababa de aparecer a los pies de la Virgen y se elevaba lentamente ocultándola a sus ojos. Al llegar a la altura de la corona, el velo se detuvo un mo-